

CAPÍTULO VII

IMPACTO PÓSTUMO DE BURKE

Aunque uno pueda expresar dudas acerca de la posición que en este momento Burke adoptaría hacia el conservadurismo de nuestro tiempo, y hacia el neoliberalismo, es innegable que durante las primeras generaciones después de su muerte su reputación floreció en el campo conservador. Entre sus admiradores encontramos a conservadores como Stahl (para mencionar un caso muy claro), Metternich, Gentz,¹¹³ Bonard, José de Maistre y Toqueville, o, en este continente, Hamilton y Adams —entre los importantes políticos norteamericanos— y conservadores mexicanos como Lucas Alamán¹¹⁴ y Tagle.¹¹⁵

A la lista de sus discípulos conservadores quiero añadir también a Friedrich Karl von Moser (1723-1798), “el Burke alemán”, alto burócrata imperial y autor de obras sobre el derecho y la política, y a J. G. Hamann (1730-1788), el curioso

¹¹³ Ya en 1793, Gentz tradujo las *Reflexiones...* de Burke (de 1790) al alemán.

¹¹⁴ Alamán lo cita en su *Historia...*, e inclusive comienza su “Examen imparcial de la Administración del General Vice-Presidente Anastasio Bustamante”, con una larga cita de Burke.

¹¹⁵ Para la conexión de Stahl con Burke, véase H. Marcuse, *Reason and Revolution*, Beacon Press, 1960, p. 328, y luego, para un análisis de la ideología de Stahl (en que el lector reconocerá varios elementos arriba esbozados como burkianos), parte II, II.4. Otra figura muy cercana a Burke, que actualmente ya no es tan fácilmente rechazado como mero “romántico”, es Adam Müeller.

“mago del Norte”, que en estos años se encuentra de nuevo bajo los reflectores académicos.

También es conocido que autores de tono violentamente liberal, como Thomas Paine, Mary Wollstonecraft o James Mackintosh han reaccionado a las famosas *Reflexiones...* de Burke en forma enérgica, lo cual ha acentuado la reputación de “conservador” —o inclusive de “reaccionario” que este whig, que fue Burke.

Luego, el surgimiento del comunismo inquietó a muchos grupos que encontraron como portavoces a ciertos autores que desde fines de la Primera Guerra Mundial han recurrido a la elocuencia de Burke para combatir un peligro que, efectivamente, hubiera inquietado a este político, por su tendencia de sustituir realidades por fórmulas abstractas, de manera que la Guerra Fría dio un nuevo auge a la popularidad de Burke en círculos anticomunistas. Hubo una oleada de investigaciones con Burke como centro, con un Burke Newsletter, publicada dentro de *Modern Age* entre 1959 y 1963, e inclusive la teoría de las “fichas de dominó”, sobre todo popular desde Eisenhower hasta Johnson, ha sido ligada a ciertos pasajes de Burke.¹¹⁶

También hubo intentos de sacar a Burke de las circunstancias tan particulares y concretas a que muchos de sus pensamientos se refieren, mediante una alianza entre él y un “derecho natural” con que siempre nos conectamos tan gustosamente en la lucha por nuestras ideología e inclusive intereses materiales —a pesar de claras citas en que Burke, siempre tan averso a las abstracciones, critica el iusnaturalismo.

Burke era un político de la práctica, que en el transcurso de su larga vida de parlamentario se vio obligado a analizar con gran detalle varias constelaciones de hecho, muy concre-

¹¹⁶ O’Brien, en *The Great Melody* (véase la nota 18, capítulo I) indica como inicio de esta tendencia la antología preparada por Ross Hoffman y Paul Levack, *Burke’s Politics*, 1949.

tas, a la luz de sus propias intuiciones de equidad: como siempre es el caso, con tales autores debemos tener mucho cuidado de no imponerle a Burke póstumamente una “filosofía burkiana” monolítica, fabricada con frasecitas diversas, recogidas a través de las amplias colecciones de ensayos, discursos y cartas, en las que abundan observaciones hechas por razones tácticas dentro del juego de la persuasión parlamentaria, que el autor probablemente hubiera formulado en otro tono en una obra destinada al mundo académico.

Además, el mismo Burke ha manifestado en varias ocasiones su obsesionada aversión a la aplicación de ideas preconcebidas —fórmulas abstractas— a problemas de la realidad social, ya que éstos generalmente se encuentran nutridos por antiguas raíces y circundados por aureolas de emociones y costumbres que no debemos simplemente ignorar y desear como estorbos. Con esta actitud, realista, de respeto a lo históricamente surgido, Burke inclusive hubiera rechazado la idea de que sus matizadas actitudes hacia los diversos problemas políticos a cuya solución contribuyó o trató de contribuir en el curso de su existencia, hayan siempre sido el reflejo lógico de una fundamental, coherente e inmutable “sistema burkiano”

Sin embargo, como durante los próximos dos siglos su reputación continuaba siendo considerable (aun entre los que nunca lo habían leído), varias corrientes ideológicas posteriores sintieron la tentación de coleccionar las observaciones burkianas que les convinieron colocándolas en un marco general y rellenando luego los huecos con cemento de su propia fabricación, para presentar así una coherente visión político-filosófica con que pudieran comprobar que Burke siempre había sido uno de los suyos, y así se convirtió a Burke en un pensador que, a la luz de un iusnaturalismo conservador habría sido un eficaz propagandista contra el comunismo, si hubiera tenido el discutible gusto de vivir durante la parte central del siglo presente.

Aun admitiendo que en el comunismo hubo varios rasgos semejantes o iguales a los que Burke reprochó al jacobinismo, fue inconveniente trasladar la aversión burkiana del jacobinismo hacia el ambiente de la Guerra Fría: la nueva tecnología destructora y cuya eficacia inicial fue demostrada persuasivamente en 1945 hizo inclinar a toda la derecha (con excepción de los más radicales entre los conservadores), hacia una actitud de “refrenamiento”, *restraint*, en relación con el empleo de la violencia: en cambio, Burke, en su época, todavía podía permitirse el lujo de recomendar un uso total de todos los medios disponibles en la lucha contra el monstruo.

Luego, la Guerra Fría terminó, el comunismo —eundo menos el ruso— parece haberse retirado, y el “capitalismo” occidental —que ya desde hace mucho tiempo mostró crecientes infiltraciones de cierto socialismo-sin-dogmas, se humanizó notablemente (recuérdese lo que arriba hemos dicho sobre el paleo, el meso y el neoliberalismo).

Pero con este viraje del liberalismo hacia el neoliberalismo, ¿resulta todavía justificada la etiqueta de conservador o inclusive de “reaccionario” que habitualmente se ha pegado a personas de toda la familia ideológica burkiana? El neoliberalismo, ¿no ha incorporado y dignificado la dosis del conservadurismo cuyas pretensiones deben reconocerse como válidas, a la luz de nuestro ideal de una sociedad que tome en cuenta, realistamente, el biograma¹¹⁷ del ser humano, y que, al mismo tiempos sea *sustainable* desde el punto de vista ecológico?

117 Véase, arriba, la nota 24 (capítulo II).